

La historia en migajas*

Omar Bagnoli

Este libro no es sólo una historia de los *Annales* desde sus padres fundadores —Marc Bloch y Lucien Febvre— hasta los cultores de la hoy llamada en Francia “nueva historia”, sino que intenta además abordar los cambios que sufriera el quehacer historiográfico en casi sesenta años de existencia de esta escuela, junto con los avatares de un tiempo donde ciertas constantes, pero a la vez profundas diferencias, caracterizaron el modo de concebir “el territorio del historiador”.

Así, con idéntica importancia a la que en el texto adquieren las filiaciones de ideas de los hombres que dirigieron los *Annales*, o la cantidad de espacio que ocuparon en la revista ciertos temas —coyuntural e intencionadamente privilegiados—, sobresale la descripción que Dosse realiza del paso de una determinada aspiración a otra. De la voracidad del historiador por todo aquello que “huela a carne humana” (Febvre) a la historia en migajas; de la pretensión de explicar la acción del hombre en la historia, el cambio social producto de aquélla y los fenómenos revolucionarios que lo tenían como actor principal (pues la idea de que la historia es sólo la acción de los hombres que persiguen sus fines trasciende el marco del pensamiento marxista) hasta una historia de las inercias, la inmovilidad y el **no cambio**, que en ciertos casos extremos se limita a un hombre ya no sólo descentrado sino además hechura de estructuras que lo definen, sujetan y determinan.

En ese sentido, la admiración que sentía Braudel por Sartre no puede resultar sino paradójica. Mientras que para el primero la “zona de libertad humana es muy débil”, para el último —que pensaba que “todo hombre puede hacer algo con aquello que han hecho con él”— quedaba a salvo la zona en que un hombre se “elige ser”. No estamos todavía en la desaparición del hombre —y del autor— pero un momento clave del pensamiento occidental, un tránsito diríase, se perfila a través de la sutil diferencia que encierran ambas citas.

Y ésta es una preocupación que recorre el trabajo de Dosse. Tratar de explicar

* François Dosse, *L'histoire en miettes. Des "Annales" a la "nouvelle histoire"*. (Paris, 1987), 269 páginas.

cómo la “ciencia del cambio” empezó a desplazarse hacia las inmutabilidades. De allí que este libro, escrito desde cierta postura marxista —y decir cierta en este caso no sólo intenta diferenciarlo del tan denunciado **marxismo vulgar** sino que alude también a las diversas corrientes conformadas en el seno del materialismo histórico— se enmarca en la línea de reflexión sobre el oficio de historiar como ya lo hicieran otros textos de la historiografía francesa contemporánea.¹

El trabajo de Dosse, dividido en tres apartados, se ocupa en el primero de ellos de la etapa del “duo de Strasburgo”, Bloch y Febvre, y de sus modos —no siempre afines— de concebir la tarea del historiador.

El segundo apartado, dedicado a los años de Braudel —“el hombre de la coyuntura” según un esclarecedor trabajo de Wallerstein— analiza el viraje de la escuela durante la posguerra.

El último tramo del libro nos introduce en los *Annales* de los años '70, el período en que el autor ve aparecer en el seno de la escuela una tendencia encaminada hacia lo que llama la “negación de la política y la historia inmóvil”.

¿Y qué dice el libro de Dosse sobre el primer período de los *Annales*? Señala las prácticas de un discurso que atendía más a lo económico que a lo político, tal vez porque se asistía a una “crisis del espíritu humano” (Febvre). Para ello recurre a trabajos monográficos recientes que, con apoyo estadístico, indican el porcentual resultante de los temas políticos y económicos que encontraron espacio en la revista. Pero el autor recuerda además las figuras dirigentes de los *Annales* y traza un cuadro de las genealogías de ideas que influyeron en Bloch y Febvre. Desde Durkheim, Vidal de la Blache y Henri Beer hasta Simiand y sus ciclos económicos, y Wallon con sus estudios sobre el desarrollo de la inteligencia.

Los “enemigos” de los *Annales* —los cita expresamente Febvre en sus *Combates por la historia*— son Lavissee, Seignobos y Langlais —y sus epígonos— es decir la “historia historizante” heredera de Ranke, que veía además a la disciplina histórica como “instrucción cívica”. De allí que Febvre resumiera el eje de sus diferencias con el positivismo cuando dice que “el historiador construye sus materiales” o “el historiador hace nacer la historia”. Dosse dirá que “al cientificismo objetivista de Ranke o Seignobos, Marc Bloch y Lucien Febvre oponen el relativismo subjetivo de una práctica donde el historiador elige en función de preocupaciones presentes los hechos a interrogar...” e indaga además las relaciones de Bloch y Febvre con el marxismo. Si bien este último crítica el carácter profético de las tesis de Marx y substituye la causalidad dialéctica por la noción de interdependencia de fenómenos, ambos tienen en común con Marx la voluntad totalizante de abarcar lo real.

Dice Dosse: “Teniendo a su derecha el discurso historicista y a su izquierda

1. Pierre Nora y Jacques Le Goff, *Hacer la Historia* (Barcelona, 1974). Varios autores, *La Historia, hoy* (Barcelona, 1978). Jacques Le Goff, *La Nouvelle Histoire*. (Paris, 1978).

el discurso marxista, el grupo de los *Annales* ofrece una tercera vía, ocupa una posición central, ideal para su estrategia de poder. Le resta construir un paradigma original, un saber específico que legitime sus pretensiones hegemónicas. En ese sentido, el discurso de los *Annales* es un discurso en ruptura con la historia tradicional, innova y constituye de hecho una revolución historiográfica”.

No faltan en el libro ciertos datos que conviene repasar. Tal por ejemplo la influencia de Simiand sobre Labrousse —“un marginal de los *Annales* por dedicarse a estudiar los antagonismos de clase”— o el enorme aporte que Febvre denomina la **historia-problema**. Es decir, aquel recurso frecuente en las obras de este último (su *Lutero*, su *Erasmus* o su *Rabelais*) mediante el cual mostraba las “cristalizaciones” que dentro de la historiografía habían alcanzado estas figuras antes que él se ocupara de ellas (recordemos los “Erasmos” que le precedieron y a los que ensalza y cuestiona, como los de Renaudet, Huizinga y Bataillon), para luego aludir a las nuevas preguntas a partir de las cuales una generación retoma desde su presente viejos problemas.

Dosse señala además en el primer apartado ciertas diferencias entre Bloch y Febvre, como aquella vinculada al modo de atender los fenómenos mentales. Para Febvre —vía Wallon— la filiación es con la psicología que analiza al individuo en relación a su medio (es significativo que subtitule a su *Lutero*, “*Un Destino*”); para Bloch lo mental se vincula a la sociología de Durkheim y su *Les Rois Thaumaturges* atenderá a las prácticas colectivas y simbólicas acercándose así al posterior estructuralismo y a la antropología histórica. Esta posición de Bloch mereció en alguna oportunidad —y dichas diferencias matizan la relación entre ambos— un juicio adverso de Febvre por “esquemática” y portadora de “abstracciones sociológicas”.

El libro se interna, por otra parte, en el debate sobre las **mentalidades** que se suscitó a partir del *Rabelais* de Febvre; detalla la posición asumida a este respecto por Bajtin e incursiona en la cuestión de la llamada “cultura popular” que fue abordada, en la historiografía italiana, por Carlo Ginzburg en la introducción a *El Queso y los gusanos*, obra en la que se encuentran ciertos puntos de convergencia con los planteos de Dosse.

L'histoire en miettes se detiene luego en las genealogías y filiaciones del pensamiento, que circula a través de mediaciones y apropiaciones, como aquella que Bloch hiciera de la obra del sinólogo Louis Gernet, quien, a la vez, influiría en M. Mauss y a través de éste en Duby.² Las ramas genealógicas continúan en este libro y se relacionan a las improntas de Frazer y Levi-Bruhl en historiadores como Vidal Naquet y M. Detienne. Pero la apropiación mayor, el historiador del que se sentirán continuadores estos fundadores de la escuela, es, sin duda, Jules Michelet. Sabido es que Febvre recordará como un “visio-

2. Georges Duby, Guy Lardreau, *Diálogo sobre la historia*. (Madrid, 1988).

nario alucinante” a este republicano liberal que mereciera, por otro lado, una bella aproximación de Roland Barthes.³

Lo fundamental, sin embargo, en esta primera parte del libro de Dosse es la definición de la historia que hicieron Bloch y Febvre: “*Ciencia del cambio perpetuo de las sociedades humanas*”. De qué manera esta idea del “cambio” se irá borrando en los *Annales* con el transcurrir de los años —y las ideologías— constituye una de las principales preocupaciones en el análisis de Dosse vinculadas a los llamados “años de Braudel”.

En efecto, el período que se abre con este último es juzgado en el libro como el momento en que la mayoría de los historiadores de los *Annales* se apartará del “cambio” como objeto de estudio. La nueva tendencia que predomina en la escuela modificará también el centro de interés de los *Annales* que pasará del problema de la crisis, luego de la guerra, a la cuestión del crecimiento económico. El centro ya no serán los estudios de psicología histórica o de historia cultural sino aquellos que atienden a la estadística y a la demografía. Este apartado del libro, por lo tanto, estará dedicado a los trabajos “regionales” que aparecieron en esta época (Boutrouche, Duby, Goubert, Vilar, Ladurie), la que para Dosse es el triunfo del economicismo y del estructuralismo. Sobre este último —la cuestión importa— Febvre opinará: “¿Estructuras? Palabra de moda, lo sé... demasiado, a mi gusto”.

El autor analiza esta posguerra y los nuevos discursos de Saussure, Freud y Lévi-Strauss. Repara además que esas disciplinas parten de una “naturaleza humana ahistórica, abstracta, intemporal”. En ese contexto de ideas, ¿qué, sino migajas, queda para el territorio del historiador? Será Braudel quien aportando temporalidad al estructuralismo de Lévi-Strauss hará “suyo” el concepto, defendiendo a la historia del expansionismo de las nuevas ideas que la dejaban fuera. En esa línea, por ejemplo, Braudel dirá: “la prohibición del incesto es una realidad de larga duración”.

La descomposición del tiempo histórico en ritmos —el acontecimiento, la coyuntura y la larga duración— es no sólo una respuesta al “cerco estructuralista”, sino, además, un planteo de alcances inesperados. En efecto, las permanencias primarán ahora sobre las transformaciones. Dosse advierte que luego se pasa de este concepto de “permanencia” en la historia hacia aquel otro que piensa el futuro como “orden de la repetición” para convalidar —acto seguido— la inequidad de las sociedades y la ilusoria idea de modificar este estado de cosas. No sólo desaparece así la noción de cambio sino que, con Braudel, la desigualdad se justifica por evidencia histórica. “Toda observación revela cierta desigualdad visceral que es la ley continúa de las sociedades...” (Braudel).

Este segundo apartado se cierra con las cuestiones institucionales que llevaron a Braudel a crear la “casa de las ciencias del hombre”; con las polémicas

3. Roland Barthes, *Michelet* (México, 1987).

vinculadas a los planes de financiamiento por parte de instituciones norteamericanas y al análisis de las relaciones de Braudel con el marxismo. A la vez, describe a la derecha (Renouvin) e izquierda (Labrousse) del espectro ideológico que giraba en torno de la escuela y a los historiadores que Braudel cobijaba, desde Duby a Chaunu, como polos extremos.

El tercer apartado, “una historia en migajas”, reseña el desarrollo que lleva a una antropología histórica donde, según Dosse, el pueblo “aparecerá no como fuerza social capaz de modificar la sociedad sino como materia estética en sus hechos y gestos cotidianos”. Es lo que Ariès —“conservador y tradicionalista”— denominará el “fin del progresismo”. Si en los años '30 el tema era la “crisis” y en los '50 el “crecimiento”, los años '70 estarán marcados, en cambio, por la preocupación acerca de las inercias y permanencias. Desde esta perspectiva, el cambio ya no tiene lugar en lo social sino en lo cultural. Esta “historia en migajas” servirá a una sociedad fragmentada; ya no hay **Historia**, sino **historias**.

“La realidad —dirá Dosse— se fragmenta en objetos singulares”. Y esta fragmentación de los saberes —en clave foucaultiana— alumbrará a esa tercera generación de los *Annales* que recurre a la historia serial. Paul Veyne (“historia descriptiva”) y Philippe Ariès (la “aproximación impresionista”) teorizan junto al ordenador —según Dosse— acerca del papel de la historia en el mundo de hoy.

Otras voces no adherirán a estas posturas. Duby y Le Goff, por ejemplo. Mientras Duby reivindica su afinidad con cierta tradición marxista, Ladurie, que procede del P.C. francés, escribe su *Historia del Clima desde el año 1000*. Dosse ve aquí dos itinerarios historiográficos con desemboques diversos. Y se va a ensañar con uno de ellos. Con el representado —y aquí desaparecen para nuestro autor los matices— por Ladurie, Furet y otros “renegados” del P.C. francés.

“Renegados” por un lado y “resistentes” por otro; Dosse contrapone historia-dores y trabajos. Así, a la novedad de los ciclos agrarios con su revival de malthusianismo, se le oponen los estudios de un marxista —colaborador de “*La Nueva Historia*”— Guy Bois; al “holocausto microbiano” de Ladurie, las investigaciones de Vovelle; a la “*Historia del miedo*” de Delumeau, “*El gran pánico*” de Lefebvre. Los resistentes del '70 en el seno de *Annales* serán Vilar, Vernant y Vidal Naquet, además de los citados Le Goff y Duby. En suma, a la historia inmóvil se opondrá una manera de hacer historia que persevera en seguir siendo la “ciencia del cambio”.

La historia de la vida privada, por ejemplo, debiera ser leída —según Dosse— a la luz y no a expensas de la historia social. Dosse se crispa al señalar que para algunos antiguos militantes de la izquierda, hoy “renegados”, como Furet, Ladurie, Bezançon y Ozouf, “el Dios de ayer devino diablo” y parecen creer no ya en la inexistencia de paraísos sino en “el paraíso conservador de las inmutabilidades”. Pero el autor aclara también, en contrapartida, que cierto

marxismo vulgar ha sido —de algún modo— tan reaccionario y endeble como la historia “inmóvil” de algunos hombres de los *Annales*.⁴

Lo que parece motivar esta *Histoire en miettes* es otro recorte. El que diferencia a quienes elaboran teorías o encaran proyectos historiográficos desde la concepción de la historia como “ciencia del cambio perpetuo de las sociedades humanas”, de aquellos otros que justificarían en las permanencias cierta concepción reaccionaria que uno puede visualizar en su biografía política.

No obstante, Dosse establece una relación de continuidad, en ciertas zonas, entre los *Annales* de los años '30 y éste de los '70 y los '80. Una misma negación de la política; una misma referencia a la historia-problema; una misma “tercera vía” entre la historia tradicional historicista y cierto marxismo. “Llama la atención —dice el autor— que en los *Annales* no se habla de ideología sino de mentalidad, de materialidad y no de materialismo, de estructura y no de dialéctica”. En suma, el libro de Dosse continúa enriqueciendo un debate acerca de los *Annales* desde una postura tal vez más matizada que la ensayada oportunamente por Guerreau o Chesnaux por ejemplo, con lo que consigue penetrar —sin renunciar a sus presupuestos teóricos— en aquellas zonas donde las ideologías —y los pliegues del oficio— se entrecruzan, se enfrentan y, a la vez, conviven.

Podría señalarse, sin embargo, que en ciertos juicios sobre algunos historiadores —Ariès, Furet, por caso— hay en el autor una desproporción entre el tratamiento y el espacio cedido a la obra y a la biografía. Los datos biográficos, político-ideológicos, parecen tener a veces más peso que el resultado elaborado por el historiador. Cabría la pregunta acerca de cómo vincular *El hombre ante la muerte* (Ariès), *Montaillou, aldea occitana* (Ladurie) o *Pensar la Revolución Francesa* (Furet) de un modo tan directo con la militancia política de cada autor, sin riesgo de anular completamente la obra por el cuestionamiento de las conductas o preferencias personales. Si pensamos, por ejemplo, en la idea de “cambio histórico” que subyace en la obra de Furet veremos, ciertamente, que no es la de Soboul, pero en todo caso convendría diferenciar una línea más bien “escéptica” de una concepción historiográfica reaccionaria.

Otra reflexión crítica que sugiere el libro de Dosse tiene que ver con cierta inclinación que se observa en algunos trabajos actuales por vincular la obra con el historiador, su entorno y sus opiniones políticas e ideológicas. Si bien un gran paso ha sido el de reenviar los discursos al lugar donde fueron producidos, analizando la circulación discursiva en un cierto mundo de ideas, puede haber la impresión de haberse pasado (en algunos casos) al otro extremo. Así, del empeño puesto en analizar un discurso sin considerar su lugar de producción (el “genio” en la historiografía) se desemboca en un “prontuario” del historiador que podría anticipar la índole ideológica de lo que va a decir en el futuro.

4. Véase al respecto Perry Anderson, *Tras las huellas del materialismo histórico* (Madrid, 1986).

En otro orden de cosas cabría preguntar al autor si optar por temas vinculados a las inercias y permanencias (recuérdese que Vovelle, desde el marxismo, debió justificar su elección del tema mentalidades ante Vilar) significa necesariamente que uno adscriba a las inmutabilidades a expensas del cambio en la historia.⁵ También de la lectura del libro surgirán reflexiones sobre el impacto que en esta concepción del cambio histórico pueden tener, sobre la historiografía, las modificaciones ideológicas resultantes de la caída del llamado "socialismo real". Tal vez, en ese esquema, Furet y Ladurie no signifiquen, por ejemplo, la misma cosa.

En síntesis, el libro de Dosse es un inteligente intento de explicar algunas filiaciones de ideas y desemboques historiográficos de los historiadores franceses de los últimos sesenta años, ofreciendo, además, un valioso material para diversos temas en debate. Algunas veces, cuando se encarna con la militancia política de un historiador en detrimento de su obra, podría recordársele la reflexión de Sartre: "no todo pequeño-burgués es Paul Valéry". Otras, por el contrario, como cuando quiere preservar la idea de "cambio" en la historia, puede advertirse no sólo la defensa de ciertos principios sino una aspiración esencial de buena parte de los que ejercen el oficio de historiadores. Allí sí, en esa zona, contra quienes pronostican "el fin de la historia" podrían encolumnarse con Dosse los seguidores de Michael Ende y su historia interminable para luchar contra el avance de la nada.

5. Michel Vovelle, *Ideologías y Mentalidades* (Barcelona, 1985).